

LA GUERRA COTIDIANA

Por

L.F. BUENO Rocero

Teniente de navío, Armada de España

Cuando en el año 1958 se fundó en Philippville una escuela para adiestrar en guerra ideológica a los cuadros del Ejército francés, algunos de los veteranos generales, ex combatientes de las últimas campañas, hicieron una ruidosa protesta. La nueva táctica no respondía a ninguno de los cánones clásicos de la guerra convencional, y esta vez, no un genio militar como Napoleón, sino un grupo de oscuros oficiales se atrevía a rebatir muchos de los principios que ellos habían considerado como inamovibles. Naturalmente, podríamos pedir a estos señores una explicación convincente de las derrotas francesas en Indochina o Argelia, pues militarmente hablando fueron éstas tan incomprensibles como inexplicables.

Viriato, hostigando a los romanos y haciéndoles caer una y otra vez en sus emboscadas, que no sólo disminuían su potencial humano y bélico, sino que sobre todo minaban su moral de combate, nos dio una lección práctica de esta clase de guerra. A lo largo de la Historia, siempre que se han enfrentado contendientes cuyas fuerzas estaban desproporcionadas, el más débil, para igualarlas, ha debido utilizar la astucia, que no es más que el principio básico de toda guerra ideológica. Todos conocemos aquel viejo refrán castellano de "más vale ma-

ña que fuerza". Siguiendo este postulado, el cónsul Fabio Constactor destrozó al invencible Aníbal, precisamente con los restos del ejército que el cartaginés había deshecho en Trasimeno; y ya, acercándonos más a nuestros días, vemos cómo un pueblo sin ejército, el español, es capaz de vencer a Napoleón; cómo Lawrence de Arabia, con un puñado de famélicos árabes, vence al imperio turco. Así podríamos contar por cientos las campañas pasadas y actuales en que, inexplicablemente, el más poderoso, confiado en su propio poder, acaba totalmente aniquilado.

La estrategia de la guerra ideológica, que es tan vieja como el mismo hombre, se basa en el simple principio de socavar, debilitar, dividir, azuzar y desmontar las reservas morales de la nación, de la sociedad y del individuo; y para ello, no reparar en medios, todos son aceptables. El escritor chino Sun-Tzu, cinco siglos antes de Jesucristo, explica ya cómo se puede derrotar a un enemigo sin emplear las fuerzas regulares; simplemente hay que descomponer todo lo que haya de calidad en él, empleando ofertas, promesas y presentes, impulsando a sus mejores comandantes a efectuar acciones vergonzosas y viles, sembrando la disensión entre sus jefes, excitando el recelo entre

ellos, adormeciendo el ánimo de la tropa, proporcionándole mujerzuelas y drogas para que la corrompan. Mao aprovecha íntegra la lección de su ya lejano compatriota reproduciéndola en su "Estrategia de la guerra subversiva", pero añadiendo: Para esta campaña no escatiméis dinero; mientras más dinero empleéis, mayores serán los beneficios.

En 1945 se creyó confiadamente que Hiroshima y Nagasaki habían puesto punto final a las guerras mundiales, al menos las convencionales; la nueva y terrible arma que podía transformar la faz de la Tierra en un planeta sin vida se encargaría de mantener el siempre difícil equilibrio entre las naciones. A esta falsa esperanza salió al paso nuestro ilustre general Díaz de Villegas, quien nos aseguró que la última conflagración no nos había traído la paz; ya no habrá paz en mucho tiempo; el mundo vive desde entonces en una guerra permanente y esta guerra no declarada, que no tiene frentes definidos y que libra sus más encarnizadas batallas entre las sonrisas de los diplomáticos, es la guerra ideológica, la modalidad bélica más implacable, más cruel y más refinada.

El ser humano está compuesto por una parte espiritual e intangible y por un cuerpo material; es bien sabido que su parte espiritual, su alma, puede esclavizar al cuerpo hasta límites insospechados. Es, pues, el objetivo primordial de la guerra ideológica no matar ni herir al cuerpo, sino adueñarse del alma. Si queremos dominar un territorio podremos hacerlo llegando a él con un ejército tradicional, pero a buen seguro nos encontraremos fuertes defensas y tropas dispuestas a morir por defender su suelo, que harán no sólo que nuestra victoria sea problemática, sino que seamos tachados por el mundo de opresores imperialistas. Ahora bien, si antes de atacar de frente logramos infiltrar una idea que, como una especie de ente intangible, invulnerable, sin vanguardia ni retaguardia, se expanda entre el ejército y el pueblo enemigos, podemos adueñarnos de sus voluntades haciendo que el único territorio leal a las fuerzas contrarias sea el ocupado por sus soldados, y esto con toda clase de restricciones, porque les habremos disminuido su capacidad combativa, haciendo que sean, si no leales a nuestra causa, al menos inútiles para rechazarla.

No es bueno para adueñarse de las voluntades lanzar descaradamente una idea, por excelente que ésta resulte; antes de hacerlo, sin prisas, hay que desmontar, aniquilar las normas que han servido de guías durante generaciones. Para este trabajo de destrucción no se puede reparar en medios, todos son buenos: la mentira, la calumnia, la traición o el crimen. Naturalmente, esta labor no puede ser obra de un día; para conseguirla pueden pasar años, pero cuando se alcanza se habrá conseguido crear un vacío ideológico, cruel e insostenible para el hombre, que podrá ser llenado plenamente con las ideas que convengan y que convertirá a pacíficos ciudadanos en fanáticos combatientes.

Rusia, para esta labor, mantiene 20 escuelas especializadas que lanzan al mundo más de 5.000 técnicos cada curso. Edita 200 películas anuales, más de 40.000.000 de libros y más de 500 millones de folletos. Estas son sus armas; sus resultados nos son sobradamente conocidos. Contemplamos cómo sus ideas, que se transforman en el momento oportuno en pequeñas guerras ventiladas de antemano, o en golpes incomprensibles que cambian la faz de los pueblos, avanzan incontenibles por los cinco continentes, mientras nuestro mundo occidental, aferrado a su rancia e inoperante legalidad, se debate impotente para neutralizarlas.

El primer paso de la guerra ideológica es siempre el de sembrar el descontento. Para esto es bueno hacer resaltar los defectos del país, ocultando celosamente sus virtudes; es bueno corromper a sus gobernantes y funcionarios con dinero, con poder o simplemente comprometiéndolos en negocios más o menos claros que puedan servir un día como chantaje; así se disminuirá su autoridad y se podrá impunemente hablar al pueblo de libertad, de democracia, de partidismo político y de todas las demagógicas teorías que sirven para descomponer la unidad de la nación; para esta labor de fragmentación siempre se encontrarán oportunistas malintencionados o tontos útiles que incondicionalmente ayuden.

Se deberá resucitar a nuevos héroes que convengan por su ideología, sepultando los tradicionales por el viejo procedimiento del olvido. Se creará una nue-

va casta de prohombres y artistas aparentemente apartados de la política, pero capaces de infiltrar sutilmente con su influencia, con su arte, las ideas convenientes.

Un factor importantísimo en toda guerra ideológica es la propaganda. Se procurará en primer lugar, contar, aunque sea indirectamente, con la prensa del país a conquistar. Para conseguirlo no se reparará en medios; el soborno y la infiltración de agentes dentro de los mismos periódicos son los más utilizados; así se logrará una prensa anodina que no trate de mantener vivo ningún ideal nacional; que olvide fechas gloriosas, resaltando otras que puedan resultar dudosas; que hechos considerados ejemplares se presenten sin más importancia que la anecdótica; que resalte los posibles defectos humanos de los viejos héroes, haciendo que sean olvidados; que dé las noticias de tal modo que el movimiento que se intenta infiltrar resulte atractivo, bueno e injustamente maltratado.

Paralela a esta demoledora labor, se infiltrará una gran campaña clandestina, en la que se aprovecharán todos los hechos que puedan dañar el buen nombre del Gobierno. En esta propaganda hay que ser muy cauteloso; deberá, en primer lugar, estar perfectamente adaptada a la mentalidad para la que va dirigida; no se puede hablar igual a un obrero que a un estudiante; siempre se basará en una verdad, en una verdad naturalmente a medias, que presentará la cara que interese; no se debe olvidar que al pueblo se le puede engañar empleando para ello grandes verdades.

Es importantísimo, asimismo para apoyar la anterior campaña, llevar al enemigo a cometer actos que puedan resultar impopulares, y si esto no fuera posible deberán ser cometidos éstos por agentes infiltrados, imputándoselos a los que queremos destruir. De esta maniobra tenemos en España recientes ejemplos.

El siguiente paso es la creación de situaciones conflictivas, de las que, naturalmente, saldrán hombres procesados, heridos y muertos. Para este paso, valiéndose de agitadores profesionales perfectamente adiestrados, se creará gran malestar en los puntos claves del país, como son la Universidad, los grandes complejos industriales o mineros, etc. Para con-

seguir este malestar se buscarán las fallas de que naturalmente adolece toda empresa humana, se airearán demagógicamente, ocultando y dificultando las factibles soluciones, se silenciarán las irremediables causas que producen estas fallas y se hará concebir al pueblo pretensiones a todas luces irrealizables. Al principio, esta campaña puede que sólo siembre la duda, después la indignación y, si se sabe llevar hábilmente, de esta indignación nacerán los paros masivos y las huelgas, que, como siempre, estarán convenientemente acaudilladas y alentadas por los pequeños, pero estratégicamente distribuidos, grupos de activistas que las originaron. De las huelgas nacerán los tumultos y de ellos las detenciones y los muertos. Muchas autopsias han demostrado, por el calibre de las balas, que los muertos no cayeron abatidos por las armas de la fuerza pública, pero ¿quién va a creer esto? Ya los periódicos sensacionalistas se habrán encargado de dejar bien sentado dónde están los muertos y quiénes han sido sus asesinos.

Como acción complementaria, se tratará de inutilizar a la población civil, incapaz de ser activista. Para esto es bueno convertirlos en pequeños burgueses; se le crearán difíciles problemas económicos, se sembrará el miedo, sobre todo a perder las cosas que poseen, y se dará una especial importancia a la juventud, a la que, mediante una campaña de drogas y de pornografía, se le eliminará toda clase de ideales, sustituyéndolos por ese materialismo destructor que corrompe todo lo que toca.

Por último, se atacará a las Fuerzas Armadas, y si el país que se quiere dominar es como España, de honda fe religiosa, se atacará también al clero. El Ejército es vulnerable mediante el descontento, aireando la falta de ascensos, la escasez de los sueldos, la deslealtad al mando, siempre de forma camuflada, pero, al fin y al cabo, deslealtad; a la tropa se le indispondrá contra sus jefes naturales, haciendo ver solamente los defectos, magnificados hasta el límite; se elegirá como oficiales modelo a los peores que se puedan encontrar, olvidando y desprestigiando a los que por sus virtudes fuesen dignos de admiración. Así se hará llegar a los soldados a la conclusión de que están siendo utilizados por una

pandilla de ignorantes, vagos y viciosos, para dominar a sus hermanos civiles. Es bueno para ello "suprimir" las clases de moral militar para "transformarlas" en clases profesionales. Para este trabajo es muy fácil encontrar colaboradores incondicionales entre los resentidos habituales.

Al clero, tan parecido en muchas facetas al Ejército, se le atacará con las mismas armas, sustituyéndole poco a poco el Cristo Dios que "exige", por el Cristo hombre, adaptado a las circunstancias, que sólo "ofrece"; ellos se encargarán de sembrar la confusión que acabará por destruir toda clase de idea religiosa.

Este modesto trabajo no pretende sentar teoría ni decir nada que de hecho no se sepa; su propósito es sólo exponer una realidad palpable, ya que a mi juicio es urgente y necesario que todos sepamos dónde tenemos al verdadero enemigo, a fin de que éste no pueda derrotarnos. No nos vale la solución del avestruz; es mejor apagar la llama antes de que se pue-

da producir el incendio. En nuestra Marina tenemos reciente una amarga y trágica experiencia que no sólo costó la vida a muchos de nuestros compañeros, sino que pudo costar la victoria definitiva de la España nacional, al haberse quedado ésta prácticamente sin barcos. Creo que nuestra mentalidad de oficiales debe adaptarse a los tiempos; la batalla que cotidianamente libramos, y que es posible sea la única en que nos veamos envueltos, es una batalla ideológica, y si nos mantenemos alejados de ella, si ignoramos sus principios, careceremos de los conocimientos indispensables para vencer, y estaremos fatalmente condenados a ver, mudos e impotentes, cómo ante nuestra vista se deshace la patria que nosotros hemos jurado defender.

Creo que es glorioso y sublime morir por España, pero estimo que no lo es menos vivir para ella.

De "Revista General de Marina".

